

## TRES HISTORIAS DE AMOR A LA LUZ DE LA LUNA

Saltó desde la tercera línea de la página 6, y teniendo en cuenta que no se trataba precisamente de un libro de bolsillo, el riesgo fue considerable. Según supe después, lo hizo por amor, por el amor que nació en ella al ver a un hermoso rayo de luz de luna que entraba por la ventana de mi habitación. Yo, tumbado boca arriba en la cama y con el libro entre mis manos, fui testigo de todo.

El revuelo de letras que se organizó en el interior de la novela al quedarse sin la protagonista femenina fue más que relevante, y el narrador, como responsable que era del libro, se puso en marcha rápidamente para organizar la plantilla de personajes.

—¡Una reestructuración de personal! ¡Tenemos que ponernos a trabajar de inmediato!  
¡Necesitamos una nueva protagonista *ipso facto!*

—¿Y qué habrá sido de ella? —Preguntó el personaje masculino, sin excesivo interés—. Se ha arriesgado mucho con su huida. Aún no sabemos si un personaje literario puede sobrevivir en el exterior de un libro.

—Es cierto —respondió el narrador—. Tenemos evidencias de que un personaje literario puede pasar de un libro a otro si se traslada montado en la imaginación de un escritor, pero desconocemos las posibilidades de supervivencia que tendrá en el mundo real ella sola, sin ningún soporte que la ate a la fantasía.

Miré hacia mi izquierda, donde había caído el personaje y vi —¡oh, Dios!— un amasijo de letras sin sentido ni orden.

Pensé que el personaje femenino se había matado del impacto con la realidad, y mi primera reacción fue ir en busca de unos folios donde plasmar todas aquellas letras, a ver si de ese modo lograba revivirla.

Sin embargo, no tardé en ver que las letras, como si de una colonia de hormiguitas portadoras de significado se tratara, se iban organizando, haciendo mil equilibrios en el

aire, moviéndose rápidamente para formar, una junto a otra, las frases descriptivas del personaje en cuestión. Hasta que al final, mis ojos se habituaron a ellas y ya no las veía como tales, sino que podía contemplar claramente su contenido. Y para mi sorpresa, se trataba de una mujer muy guapa, que nada tenía que envidiar a las de verdad.

—Qué importa —dijo el personaje masculino desde el libro, dirigiéndose de nuevo al narrador— Ella se lo ha buscado. Y a decir verdad, nunca tuvimos una buena relación. Por eso este libro acababa tan mal. Quizás ahora puedan cambiar las cosas aquí dentro. Yo creo que ya iba siendo hora, cada vez nos leía menos gente, ¿verdad? ¿Has pensado ya en *alguien* para sustituirla?

La cursiva que el personaje había utilizado para escribir la palabra *alguien*, daba a entender que él sí tenía pensado una sustituta.

—¿Recuerdas a la chica de la página 102? —continuó el narrador.

Una sombra de decepción cayó sobre el personaje.

—...

—¿La recuerdas o no?

—¿Es ésa que está enferma? —acertó a decir por fin.

—No. Ésa es la de la 134.

—¿No será...?

—Ésa misma.

—¡Pero es una delincuente! ¡Jamás besaré a una delincuente!

—Hombre, compéndelo —se excusó el narrador—. Si escojo a otra con más *papel* habrá que reestructurar toda la novela. Y no tenemos mucho tiempo. Puede que seamos leídos en cualquier momento. En cambio, la de la 102 sólo tiene un pequeño papelito, una acción ínfima de la que podemos prescindir sin poner en peligro la historia.

—¿Robarle el bolso a mi pobre madre en plena calle Serrano te parece una acción ínfima? No besaré jamás a esa...

—No es exactamente una delincuente. Comete ese delito sólo porque tiene hambre.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde pone eso? Te aseguro que en la 102, no.

—Soy el narrador. Que no cuente algo no significa que no lo sepa. Además, si la sacamos de ahí y la reinsertamos en nuestra sociedad, a lo mejor deja de delinquir. Dale una oportunidad, la merece tanto como cualquiera.

—No sé...

El rayo de luz de luna que entraba por mi ventana se hacía más intenso a medida que avanzaba la noche.

El personaje pródigo, una vez repuesto del susto y ya habituado a las condiciones de vida del nuevo medio, a excepción de la gravedad que la hacía balancearse ligeramente, se armó de valor para dirigirse al objeto de su amor. Pero según pude leer en ella, dudaba sobre cómo hablar de amor a la mismísima luna. Sinceridad, se dijo a sí misma:

—Buenas noches, rayo de luna. Permíteme presentarme, soy...

—¿Se puede saber quién está osando a dirigirse a mí? Y enfocándose hacia las letras iluminó al personaje como si de un inmenso cañón de luz se tratase.

—¡No me lo puedo creer! ¡Un personaje literario en el exterior de un libro! Pero... ¡Oh, qué horror! ¡Qué visión más desagradable! Eres como una mariposa sin alas, como una tortuga sin caparazón, como una flor sin pétalos... ¿Quién ha podido hacerte algo así?

—En realidad —dijo el personaje, un poco decepcionado ante la reacción del rayo— Me he despojado del libro yo sola, por voluntad propia. Te vi entrar por la ventana y me enamoré perdidamente. Por eso arriesgué mi vida y salté. Preferí morir a tus pies antes que continuar viviendo en tu ausencia. Después de conocerte me hubiera resultado

imposible vivir representando una historia de amor que no siento. Te amo a ti, sólo a ti, ¡oh, rayo de luna!

—¡Qué desfachatez! ¿Te parece, pequeña mezcla de letras con menos sentido que un texto surrealista, que tienes derecho a enamorarte de mí? Yo, que soy la esencia de la belleza, que soy la luz, la armonía, la perfección... Yo, que soy aquello en lo que se deshace la luna para descender al mundo real, donde soy mirado y admirado. Sería incluso grotesco enamorarme de ti.

—Yo soy puro contenido. Soy aquello de lo que tú careces. ¿No crees que haríamos una extraordinaria pareja? —Dijo el personaje, un tanto frustrado y con escasa convicción.

—Te repito que yo soy la luz, la belleza. Tengo lo necesario para triunfar en la vida. ¿De qué crees que me serviría el contenido? Yo te lo diré: de nada. Sería vergonzoso exhibirme en público manchado por un contenido como tú, aunque tan solo cubrieras una pequeñísima parte de mi exquisita belleza. No me sirves de nada, personaje sin techo.

La escena era realmente patética: el rayo de luna, que a pesar de lo estúpido de su actitud no había perdido ni un solo lumen de su belleza, y el pobre personaje, cuya falta de seguridad y autoestima en aquel momento le hacían balancearse más en el vacío. Me pregunté si tendría fuerzas para subir de nuevo al libro, donde las cosas tampoco marchaban excesivamente bien.

La joven delincuente había sido borrada de la 102 y ya estaba incluso ataviada con el uniforme de recepcionista del hotel de cinco estrellas donde trabajaba la antigua protagonista.

—Me queda un poco estrecho.

—Trabajas en un libro, no en una película, ¿recuerdas? Nadie se dará cuenta —trataba de convencerla el narrador.

—No pretenderás que la bese así de sucia, ¿verdad? —intervino el protagonista.

—Te quedan más de un centenar páginas para besarla. Ya encontraremos un momento para darle una ducha —respondió el narrador, tratando parecer complaciente.

—¿Cómo una ducha? Ni pensarlo. Un baño largo, que dure al menos un capítulo.

—¿Un capítulo? Ni loco. No pasará de un párrafo.

—Con un baño de un párrafo no le lavas ni el pelo. Una página o no hay beso. Es mi última palabra —y como tal, le puso un punto y final.

—De acuerdo. Una página. Ni una línea más.

—Hecho.

La presentación oficial, como pude ver, tuvo lugar en la página 9, cuando todos los lectores sabíamos ya que el personaje masculino era un rico heredero que se hospedaba en el hotel donde trabajaba la recepcionista que páginas adelante, le haría perder la cabeza.

Pero la nueva protagonista no encajaba del todo en el papel. Parecía no poder centrarse en los verdes iris de su *partenaire* y sin embargo, miraba con auténtica devoción el reloj que éste lucía en la muñeca izquierda. Mientras que él, no exento en absoluto del exceso de ego del que adolecen las estrellas (aunque sean literarias), no concebía que aquella delincuente embutida en un traje de recepcionista dos tallas menor de lo que debiera, no cayera a sus pies suplicándole que le permitiera ser su eterna esclava.

—¡No la besaré! Ni ahora ni dentro de mil páginas. Me niego en rotundo.

—¿Y ahora por qué? —preguntó el narrador, sumido en la absoluta desesperación.

—No le gusto.

—Acaba de conocerte y además está nerviosa por la situación, ¿o es que no lo notas? No se lo tomes en cuenta y continúa. Del beso ya hablaremos dentro de unos cuantos capítulos, ¿de acuerdo?

—No habrá beso. Tampoco ella me gusta a mí.

—No te gusta ésta ni te gustaba la anterior, ¿verdad? ¡Con esa actitud no llegaremos nunca a ser un best-seller!

—Claro tampoco me gustaba la anterior, pero he de reconocer que al menos tenía clase. En cambio ésta es, es... ¡Tan vulgar!

—Aguarda un poco. En breve la refinaremos.

—¿Cuánto es *un poco*?

—Digamos... Seis páginas. Dame seis páginas y entonces decides.

—Tres.

—Cinco.

—Cuatro.

—Ok.

Y pensando desde otra página para que sus personajes no lo leyeran, el narrador llegó a la conclusión de que si con la anterior protagonista su personaje masculino acabó alcohólico y arruinado, con ésta podría llegar a suicidarse. Lo cual tampoco sería un mal final, a no ser por la pena que le causaba abocar a un personaje al que apreciaba de verdad a un destino tan melodramático. Pero ante todo —seguía pensando— un narrador debía ser un profesional de la literatura y había de olvidarse de lo personal cuando se trataba de trabajo, por mucho que le doliese. Sus últimas reflexiones, antes de volver con sus personajes, fueron: *“Espero que al menos, si decide suicidarse, aguante hasta el final del libro y no nos deje colgados en el tercer capítulo”*.

Mientras tanto, aquella otra que había decidido acabar con su funesto destino de papel lanzándose al vacío, empezó a reescribirse encima del rayo de luna, en una última y desesperada tentativa de convencerle de que belleza y contenido unidos, conformarían el *súmmum* de la perfección.

—¿Ves, rayo de luna? Nos complementamos perfectamente. Si quisieras podríamos acabar siendo uno solo.

—¡Bájate ahora mismo! —la indignación del rayo del luna le volvía aún más radiante—. Mi belleza es lo único que me importa. No la adulteraría jamás con ese contenido que tú dices ser. Así que aléjate de mí. No quiero volver a verte nunca más. Me temo que eres uno de esos personajes de muchas letras pero pocas palabras, es decir, que tienes pocas luces, vamos. En cambio yo soy la luz (¿lo he dicho ya?). La LUZ con mayúsculas.

—**¿Qué sabrás tú de mayúsculas o minúsculas?** —dijo ella, tan crispada que pude verla transformarse en negrita por primera vez—. Ahora soy yo la que no querría estar contigo por nada de este mundo ni del literario. Lo único digno de agradecer es que gracias a ti he salido del libro del que estaba prisionera.

Y del cual, un líquido negro emanaba poniendo perdidas mis sábanas. ¿De qué se trataría ahora?

¡Increíble! Era la delincuente vestida de recepcionista, que literalmente (y nunca mejor dicho) se deshacía en lágrimas. En breve las letras derretidas se tornarían ilegibles.

—¡No, no, no y no! ¡No quiero seguir con esta farsa! Él dice que sólo me interesa su reloj y eso no es cierto.

—¡Claro que no es cierto! ¡También te interesan mi cartera y mi juego de maletas de piel!

—¡Ni aunque me las regalaras todas repletas de letras de oro me quedaría ni una línea más en esta situación!

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó el narrador, casi llorando también.

—¡Porque yo también tengo sentimientos! Pero como sólo soy un personaje secundario... Ni siquiera te acuerdas ya de aquello que describiste en la página 102. Aquel día en que robé el bolso a la madre de éste —dijo señalándolo con desdén—, un

policía muy apuesto me detuvo. Entonces, cuando me llevaba sujeta por su fornido y peludo brazo, me miró... Lo miré... Y ambos sentimos eso que sólo se siente en los libros... Nos enamoramos, ya sabes.

Claro que el narrador recordaba perfectamente aquel párrafo en que el policía la arrestaba y ambos se miraban ¡Cómo no acordarse, si lo había contado él! Pero no pensó nunca en haber descrito la mirada en cuestión como impregnada de una desmedida e incontrolable pasión. Tendría que reescribir la página... O no. Quizá sería mejor dejarla así, nunca se sabía de donde podía nacer una buena segunda parte.

—Por favor, déjame volver con él —continuaba la delincuente, emborronando el papel—  
No me interesa la fama, sólo quiero estar a su lado.

Y montándola sobre un río de tinta, temeroso de que el papel se deshiciese ante tanta lágrima, el narrador la devolvió rápidamente a la 102 para que la pobre reviviera su secreta historia de amor, que empezaba y acababa en la misma línea, pero no por ello dejaría nunca de ser eterna.

—Tres páginas. Sólo nos ha durado tres páginas. Y en esta ocasión no he sido yo el culpable. ¿Qué haremos ahora? —preguntó el personaje, nuevamente esperanzado.

—Quizás haya que empezar a pensar en la pobre chica enferma de la 134. Con un buen tratamiento y algo de rehabilitación podría llegar a ser una buena recepcionista. Y con ésta sí que no tendremos problema de talla, ¡está en los huesos!

—A mí se me ocurre algo mejor. Es decir, si de algo sirve mi modesta opinión —apuntó el protagonista, no sin cierta ironía.

—Dispara.

—Sabes que soy un personaje muy observador, y como tal, no me han pasado desapercibidos ciertos aspectos tuyos.

—¿Míos? —La línea en que se expresaba el narrador se tambaleó un poco.

—Tú te dedicas a narrar, a organizar este libro en líneas, párrafos, capítulos, a mostrar todo aquello que te interesa de nosotros, los personajes, pero jamás has querido implicarte en tu propia creación. No sabemos quién eres, nunca te has descrito ni nos has deleitado con un guiño de complicidad. Tratas de no formar parte de nuestras miserias, ¿no es cierto? Sin embargo, quieras o no, tú también perteneces a este libro, y después de tantos años juntos he aprendido a leerte entre líneas.

—¿Y qué es exactamente lo que has descubierto, Sherlock? —Trató de parecer gracioso, pero ni él mismo se rió.

—Sé que eres una mujer —afirmó el personaje tajantemente.

El narrador se quedó sin palabras.

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible que lo hayas descubierto? Y dime, ¿sabes algo más?

—Claro que sí. Sé que estás tan enamorada de mí como yo lo estoy de ti.

—¡No puedo creer que haya sido tan tonta! Yo... Pensé que jamás lo descubrirías. Te he dejado caer en el alcohol por culpa de esa protagonista de pacotilla. Y ahora, con todo el dolor de mi corazón de papel, hubiera sido capaz de abocarte al suicidio por culpa de ésta otra. Pero tú... También... Entonces... ¡Madre mía! ¡Y yo que pensé que no veías más allá de tus propias letras! ¿Cómo pudiste descubrir que te amaba?

—Tus descripciones colmadas de dolor ante mi desgracia me hicieron sospechar que sentías algo por mí. Entonces pensé que eras homosexual. Luego me percaté perfectamente de cómo utilizabas tus propios sentimientos para cubrir los de esa estúpida, que por suerte para todos se marchó del libro. Sé perfectamente que para describir el amor que ella no sentía por mí utilizaste lo que tú sí sentías. Y era un sentimiento tan femenino que me resultaba impensable que no fueses una mujer. Sé tú mi *partenaire*, por favor.

—¡Pero yo soy la narradora de esta historia! —Exclamó ella, francamente turbada por la emoción.

—Eso es fácil. Narra en primera persona. Muchos lo hacen con resultados excelentes.

A través del papel pude ver a la narradora sonreír y aceptar el nuevo reto. Y sorprendentemente, las letras volvieron a su cauce, es decir, a sus respectivas líneas.

Tiempo más tarde supe que el libro acababa en un bellísimo final feliz.

Casi sin reparar en ello, estaba amaneciendo. Entonces vi como el hermoso rayo de luna era cruelmente asesinado por un punzante rayo de sol, el primero de la mañana. Lo atravesó de principio a fin, colmando de luz solar mi habitación.

—Lo siento —acerté a decir al pobre personaje femenino, que ahora me pareció más desubicado que nunca—. Son muy bonitos, eso sí, pero tienen las horas contadas.

—No importa. Era un estúpido. Nunca hubiéramos sido felices —respondió sin mirarme.

—¿Qué harás ahora?

Levantó la cabeza, y al encontrarse conmigo retrocedió atemorizada.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Te he visto salir del libro... Pero no te asustes. No soy más que una persona.

—¿Qué es eso de una persona? Al verte con el libro en las manos, pensé que eras un lector, porque de escritor no tienes pinta.

Me limité a asentir, sonriendo. Entonces, algo más animada me preguntó:

—¿Es cierto que vosotros, los lectores, os identificáis con los personajes de los libros?

—Suele ocurrirnos.

—¿Cómo es posible? ¡Pero si no os parecéis en nada a nosotros! ¿Dónde tenéis las letras?

—Quizá si me miraras detenidamente las encontrarías. ¿Sabes? A mí me ocurrió al contrario contigo. Al principio sólo veía letras pero ahora te veo como una preciosa mujer de carne y hueso.

—¡Cielos! ¡Es cierto! ¡Si te miro con detenimiento puedo leerte! ¡Y qué bonita descripción tienes!

—Siempre quise ser un personaje, pero nadie me imaginó nunca —respondí—. Puede que algún día me decida y me lance a cualquier libro.

Y los dos reímos, cada uno a nuestro modo.

No tardamos en casarnos. La luna de miel, en Macondo, por supuesto.